

Krínein, entre la vida y la muerte. Alternativas discursivas en el relato sobre violencia de género

GIULIANA CALABRESE

Università degli Studi di Milano
giuliana.calabrese@unimi.it

1. INTRODUCCIÓN: CONCEPTUALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO Y “CULTURA DE LA VIOLACIÓN”

Según el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*¹, la etimología de “crisis” tiene su origen en el ámbito médico derivando del griego κρίνειν (*krínein*: separar, decidir); en la medicina de la antigüedad clásica, dicha separación indicaba un punto crucial y decisivo debido a un cambio brusco o profundo, hasta el punto de separar la vida de la muerte. En la actualidad, la supuesta crisis de la masculinidad² y la violencia de género nos sitúan cada día más en un peligroso punto de separación entre la vida y la muerte que, en este trabajo, se pretende abordar ahondando en lo literario desde un punto de vista del lenguaje y de construcción del discurso en obras como *La feliz y violenta vida de Maribel Ziga*, de Itziar Ziga³, o *Violencia* de Bibiana Collado⁴, sin dejar de mencionar obras de referencia publicadas en los últimos años y no solo en el ámbito peninsular, como por ejemplo *El invencible verano de Liliana* de Cristina Rivera Garza⁵.

En el marco del proyecto *Violencias sexuales en España: Estudio de su incidencia mediante el análisis de fuentes estadísticas y jurídicas* del Grupo de Trabajo Sexviol, en el informe *Desmontando mitos acerca de la agresión sexual*⁶ se explica que la conceptualización de la violencia sexual ha estado liderada desde sus inicios por disciplinas como la psicología, la

¹ Corominas, Joan y Pascual, José A., *Diccionario crítico etimológico castellano e Hispánico*, Madrid, Gredos, 1984, vol. 2 (Ce-F), pp. 245-246.

² Böhmer, Daniel-Dylan, « Frauen der Welt, rettet uns vor diesen Männern! », *Die Welt*, 07/01/2017, <<https://www.welt.de/debatte/kommentare/article160952911/Frauen-der-Welt-rettet-uns-vor-diesen-Maennern.html>> (fecha de consulta: 18/12/2023).

³ Ziga, Itziar, *La feliz y violenta vida de Maribel Ziga*, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Melusina, 2020.

⁴ Collado Cabrera, Bibiana, *Violencia*, Barcelona, La Bella Varsovia, 2020.

⁵ Rivera Garza, Cristina, *El invencible verano de Liliana*, Nueva York, Literatura Random House, 2021.

⁶ SEXVIOL, *Desmontando mitos acerca de la Agresión Sexual. Un estudio de caso sobre la Audiencia Provincial de Madrid*, 2022, <<https://www.ucm.es/sexviol/file/informe-sexviol>> (fecha de consulta: 18/12/2023).

medicina y el derecho, cuyos trabajos centraron su atención en cuestiones individuales como las posibles patologías del agresor, las consecuencias físicas y psicológicas en las víctimas o la consideración del delito a nivel penal. La violación se explicaba principalmente mediante la patologización de los agresores, negando el reconocimiento de las estructuras de dominación⁷. Este enfoque provocó que el abordaje de la violencia hacia las mujeres no presentara interés para las ciencias sociales hasta hace unas décadas, puesto que se consideraba como un hecho aislado y no como una cuestión social. No fue hasta los años sesenta y, especialmente los setenta del pasado siglo, cuando desde la teoría feminista se producía un cambio de orientación en la conceptualización y análisis de la violencia sexual, haciendo alusión a sus causas sociales y no a las características de los agresores. El giro también estuvo influenciado por un posicionamiento diferente en las víctimas, que ya no estaban dispuestas a seguir siendo silenciadas. Como apunta Vigarello, este nuevo enfoque configuraba la violencia sexual como un problema colectivo y no un hecho puntual, lo que se tradujo a su vez en un agravamiento de las sentencias, especialmente a partir de finales de los setenta⁸.

Lamentablemente, actos de violencia como la violación o el maltrato han tenido lugar en todas las sociedades humanas a lo largo de la historia, aunque en unas con mayor incidencia que en otras⁹. Hay que encuadrar violencia y maltrato como «acto[s] político[s], más que como una experiencia aislada y privada de mujeres individuales»¹⁰, ya que no podemos analizarla únicamente como un acto aterrador para las víctimas, sino también para las no víctimas: «el terrorismo sexual se ha convertido en una forma de vida para las mujeres»¹¹.

En base a lo anterior, el Grupo de Trabajo Sexviol insiste correctamente en recordar que el concepto de violencia sexual no puede analizarse al margen de la conceptualización de violencia hacia las mujeres, puesto que ambos comparten su principal causa, que no es otra que el sistema patriarcal y su machismo, que sigue colocando a las mujeres como cuerpos al servicio del dominio y placer masculino. No se trata de un hecho puntual, sino de una amenaza hacia todas las mujeres por el hecho de serlo que comienza a aprenderse e imponerse desde la infancia. Susan Griffin¹², por ejemplo, afirmaba que la raíz de la violación estaba en el sistema patriarcal y que, sin su desmantelamiento, era imposible eliminar la violencia sexual sobre las mujeres. Así, cuando nos referimos a violencia sexual debemos tener claro que «no se trata de la expresión agresiva de la sexualidad, sino de la expresión sexual de la agresión masculina»¹³.

Al mismo tiempo, los años setenta sentaron las bases de lo que hoy se conoce como “cultura de la violación”. Con esta expresión nos referimos a toda la estructura que justifica, alimenta y permite que la violencia sexual se produzca. No se erige directamente

⁷ Cf. Vigarello, Georges, *Historia de la violación. Siglos XVI-XX*, Madrid, Cátedra-Feminismos, 1998.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Cf. Brownmiller, Susan, *Contra nuestra voluntad. Un estudio sobre la forma más brutal de agresión a la mujer: la violación*, Barcelona, Planeta, 1981; Segato, Rita, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2003.

¹⁰ Barry, Katherine, *Esclavitud sexual de la Mujer*, Barcelona, La Sal, 1987, p. 54.

¹¹ *Ibidem*, p. 56.

¹² Griffin, Susan, «Rape: The All-American Crime», *Ramparts*, 10 (1971), pp. 26-35.

¹³ Alberdi, Inés y Matas, Natalia, *Violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*, Madrid, Fundación La Caixa, 2002, p. 70.

sobre el hecho en sí (la agresión sexual o el maltrato), sino sobre el sistema que lo sostiene, lo banaliza y, en consecuencia, pasa desapercibido, porque «Mujer, no es para tanto»¹⁴. Michael Parenti¹⁵ hace referencia al concepto cultura de la violación para aludir a la aceptación de la misma como un hecho frecuente e incluso como un derecho de la masculinidad, que, sintiéndose amenazada e incapaz de evolucionar, tiene como consecuencia directa de esta crisis sexismo y homofobia. La crisis de masculinidad actual es un fenómeno que ya en los noventa autores como Raewyn Connell¹⁶ situaban en el seno de la crisis del patriarcado que tuvo lugar a finales del siglo XX gracias a la lucha feminista y al movimiento LGBTIQ+.

La cultura de la violación generó y sigue generando un sistema y discursos que toleran, aceptan y reproducen la violencia sexista a través de narrativas que se encuentran no solo en la publicidad, el cine y la literatura, sino también en los aparatos del Estado, el sistema judicial, los medios de comunicación, la sanidad, la educación y, por supuesto, la familia, la pareja o las personas que conforman nuestro círculo más cercano¹⁷. Tanto en el imaginario social como, peor incluso, en el jurídico, la agresión sexual y la cultura de la violación están íntimamente relacionadas con el uso de la fuerza o intimidación por parte de quien agrede y por la resistencia de quien ha sido víctima de la agresión. Esto genera una perversa relación que implica graves consecuencias: en primer lugar, la negación de agresión sexual en aquellos casos donde no se demuestre el empleo de la fuerza o la intimidación; en segundo lugar, la culpabilización de la víctima por no haber opuesto resistencia a la agresión y, por último, entender esta no resistencia de la víctima como consentimiento.

La inadecuación entre el relato de las mujeres que han sufrido violencia sexual y el imaginario social «es el terreno donde florece el descreimiento»¹⁸. Dicho descrédito de la víctima, además, muestra cómo el relato de la violencia sexual está construido de antemano, lo que en muchas ocasiones encamina a las víctimas al silencio pensando que no serán creídas. La consecuencia no es otra que adaptarse a los discursos que quieren encorsetar la experiencia de la víctima y modificar su relato para que se adapte al imaginario hegemónico, lo que se puede denominar el relato único de la violencia sexual¹⁹.

Uno de los problemas con el que nos encontramos actualmente, tanto a nivel social como jurídico, tiene que ver con romper ese relato único, con salir de los estándares patriarcales para incorporar todas las experiencias de violencia sexual y de maltrato de las mujeres.

¹⁴ Gay, Roxane (ed.), *No es para tanto. Notas sobre la cultura de la violación*, Madrid, Capitán Swing, 2018.

¹⁵ Parenti, Michael, *The Cultural Struggle*, Nueva York, Seven Stories Press, 2005.

¹⁶ Connell, Raewyn, *Masculinities*, Berkeley, University of California Press, 1995.

¹⁷ Cf. Miralles, Raquel, «Cultura de la violación. Una cuestión política», *Libre Pensamiento*, 102 (2020), pp. 82-87.

¹⁸ Hercovich, Inés, «De la opción “sexo o muerte” a la transacción “sexo x vida”», en Fernández, Ana María y Bellucci, Mabel (eds.), *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p. 68.

¹⁹ Cf. Ruiz-Repullo, Carmen, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas. Un acercamiento a la violencia sexual en la juventud*, Palma de Mallorca, Universidad de las Islas Baleares-Colección Estudios de Violencia de Género, 2021.

2. PATRONES DEL RELATO SOBRE LA VIOLENCIA DE GÉNERO: VIGENCIA DEL DISCURSO ACERCA DEL ESPACIO PÚBLICO Y ESCASA INFORMACIÓN SOBRE AUTODEFENSA

En su informe *Desmontando mitos acerca de la Agresión Sexual*²⁰, el Grupo de Trabajo Sexviol sigue argumentando que es mucho más común la información sobre cómo protegerse en el espacio público (de viaje, en discotecas, haciendo autostop) que en el privado o a plena luz del día, estableciendo vínculos entre la feminización y el espacio privado —donde, en un principio, estaría a salvo de cualquier peligro— y desvinculándola en cambio del espacio público. A manera de ejemplo se menciona, entre otros, el “caso Alcàsser”²¹, enlazándolo con el «periplo de terror sexual»²² que generó en 1993 cuando se produjo. Esta expresión se debe a Nerea Barjola, que en su estudio *Microfísica sexista del poder*²³ investiga cómo el relato sobre el caso Alcàsser se articuló como una construcción social que trató de resituar unas fronteras que no deberían haber sido traspasadas por las mujeres, aclarando que las narrativas asociadas a la violación son un mecanismo social de disciplinamiento de los sujetos feminizados. La narrativa creada en torno a la desaparición forzada de las tres adolescentes hablaba de límites que no deben ser cruzados y espacios que no deben ser ocupados —salir de noche, viajar sola, hacer autostop...— para convertir el relato sobre el peligro sexual en un aviso y un castigo aleccionador. Los discursos sociales, mediáticos y políticos diseminados al hilo del crimen se orquestaron (y lamentablemente siguen orquestándose en el discurso social común) como una contraofensiva patriarcal ante la conquista de espacios de libertad del movimiento feminista y de las mujeres en general²⁴.

La exposición de las mujeres con sus cuerpos mutilados, conductas peligrosas como el atrevimiento de mirar a los ojos a un hombre desconocido o deambular por espacios o barrios poco recomendables eran parte de un gran mensaje disciplinador que, en casos muy lamentables, sigue siendo vigente hoy en día en el discurso público. Lo que en cambio no ha permanecido en nuestra educación y socialización como sujetos feminizados es lo que tiene que ver con autodefensa y con cómo las mujeres reaccionaban (o reaccionan) o se organizaban (o se organizan), por ejemplo atacando directamente e incluso con armas y montando auténticas academias de ju-jitsu, como en el caso de las sufragistas inglesas entre 1913 y 1914, discursos en que los hombres nunca son víctimas.

Los casos de autodefensa que se viralizan son casi caricaturizados y, muchas veces, desatan comentarios como “¿Dónde están las feministas ahora?” o “¿Por qué esta violencia resulta aceptable y comprensible?”; son casos que se viralizan desde un lugar simpático y

²⁰ SEXVIOL, *op. cit.*, p.10.

²¹ El 13 de noviembre de 1992, tres jóvenes del municipio valenciano de Alcàsser, Miriam García Iborra, Antonia Gómez Rodríguez (Toñi) y María Deseada Hernández Folch (Desirée), desaparecían de manera forzada cuando se dirigían haciendo autostop a una discoteca cercana a su pueblo. Después de su secuestro, las tres adolescentes (de catorce y quince años) fueron violadas, torturadas y asesinadas.

²² SEXVIOL, *op. cit.*, p.10.

²³ Barjola, Nerea, *Microfísica sexista del poder. El caso Alcàsser y la construcción del terror sexual*, Barcelona, Editorial Virus.

²⁴ Para configurar este discurso, Nerea Barjola se instala en una genealogía del espacio público inaugurada por Judith R. Walkowitz con su estudio *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano* (Valencia, Universitat de València, 1995). Los relatos sobre el peligro sexual son una forma muy precisa de comunicar, producir y reproducir violencia machista acercando la actualidad a uno de los lugares del imaginario colectivo y occidental más peligroso del mundo, el Londres victoriano en el que deambulaba Jack el Destripador.

no amenazante que, además, en los hombres cis- nunca generan una identificación con la persona agredida, delatando una masculinidad que nunca puede entrar en crisis.

El hecho de que “El feminismo nunca ha matado a nadie” es algo que se repite bastante en el feminismo más hegemónico y es una argumentación que en la genealogía feminista se ha cuestionado mucho, porque hay que preguntarse desde qué lugar se ha ejercido una violencia feminista, si desde la autodefensa, desde la organización colectiva o si en cambio aparece de forma gratuita como cuando es el machismo el que mata. Es lo que se afirma, por ejemplo, *El terror feminista. Breve elogio al feminismo extremista* de Irene (García Galán)²⁵.

En su ensayo, la autora expone las historias de mujeres de diferentes épocas y territorios que, por distintos motivos, han hecho uso de la violencia. Ya sea para defenderse de una agresión o como acto militante reivindicado, las historias que atraviesan el libro ponen en relieve el tema del uso de la violencia como defensa personal o colectiva contra el patriarcado. Habiendo habido tantas mujeres que han matado para no morir, ¿por qué —se pregunta la autora— se insiste en que el feminismo jamás ha matado a nadie? ¿Por qué se invisibilizan las historias de aquellas mujeres vistas en la obligación de hacer lo impensable? ¿Por qué nos negamos a interrogar, colectivamente, el tema de la violencia feminista como estrategia política?

Para romper el relato único y salir de los estándares patriarcales, en primer lugar hay que empezar a desmontar los estereotipos relativos a la existencia de una bondad esencial dentro de las mujeres o del género femenino o de los sujetos feminizados. Es una conducta, reflejada también en algunas obras literarias, que nos permite no estancarnos en un binarismo de género y colocarnos en el lugar de la autodefensa, una posición que se basa mucho más en la potencialidad que en la acción: la autodefensa es saber que puedes defenderte y no ejercer violencia en un sentido gratuito tal y como ocurre, en cambio, en los casos de violencia machista.

3. POSIBILIDADES ENUNCIATIVAS ALTERNATIVAS AL DISCURSO VICTIMIZANTE

¿Qué se hace, pues, frente a casos de feminicidio o de violencia de género para no seguir compartiendo relatos de victimización?

Aquí es donde puede intervenir el discurso literario frente, por ejemplo, a los discursos oficiales de los medios de comunicación o incluso frente a las imágenes de campañas de prevención de violencia de género. En estos dos últimos ámbitos son muy frecuentes los dispositivos victimizantes que crean arquetipos de destinos de muerte frente al maltrato 1) sin poner el foco en el agresor, 2) con una fragmentación de la imagen que vehicula ya no la presencia de una mujer sino de un cuerpo muerto o incluso desmembrado, 3) con imágenes directamente relacionadas con una idea exacta de mujer y de víctima (blanca, rubia, recién casada, como si el matrimonio no hubiese dado acceso a la felicidad que tanto se deseaba) y, sobre todo 4) en que se le pide imperativamente a la mujer que actúe, como si no hubiese hecho nada hasta ese momento y como si fuera una víctima pasiva.

Lo que el discurso público propone con más frecuencia son espectros, sujetos con los que supuestamente tendríamos que identificarnos, pero nos resulta difícil porque se han despojado de cualquier humanidad y fuerza activa haciéndonos superar ese *krínein*, ese límite entre la vida y la muerte e instalando cualquier tipo de activismo en el territorio de la pasividad y de la muerte. Todo esto se aclara, por ejemplo, en el ensayo de Sayak

²⁵ Irene, *El terror feminista. Breve elogio al feminismo extremista*, Donostia, Kaxilda, 2022.

Valencia *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*²⁶, donde la exhibición de estas atrocidades se vincula a cierto tipo de capitalismo y de necropatriarcado que espectacularizan el cuerpo vulnerable o el cuerpo muerto, lo que no solo es infringir el daño, sino sobre todo sobreexponer ese daño para crear una pedagogía del miedo.

Una excelente resignificación del discurso sobre violencia de género y autodefensa se encuentra ejemplificada en *La feliz y violenta vida de Maribel Ziga*²⁷. Se trata de un relato testimonial en que la autora recuerda su compleja vida junto a su queridísima madre, Maribel Ziga, una mujer carente de prejuicios, sin grandes oportunidades laborales y que sufrió malos tratos por parte del marido. El momento de la muerte de su madre, tras un largo deterioro físico y mental en su hogar, le abre a Itziar Ziga un espacio de reflexión y creación sobre la vida de esa mujer inmensa y también sobre la suya propia, contraponiendo y a la vez fusionando épocas y personalidades diferentes.

Al final del libro, Itziar Ziga escribe:

hay algo que siempre me chirría cuando se alaba al feminismo por no haber logrado tantas mejoras sociales sin derramar sangre (ajena, se entiende). No me gusta que nos digan, o nos digamos a nosotras mismas: buenas chicas, revolucionarias y buenas. No me gusta que nos situemos ni nos sitúen excelentemente por encima de otras luchas sociales. En el binomio buenas/malas perdemos todas y gana el patriarcado²⁸.

Se trata de un pasaje que evidencia muy bien los sentimientos que se pueden generar en relación a la violencia y a la autodefensa y asimismo cómo nos posicionamos en relación a ellas. La autora aborda la idea de falso elogio del feminismo como una lucha en que no se derrama sangre, en la que se sale pacíficamente a las calles con manifestaciones multitudinarias y diversas, un falso elogio que sin embargo beneficia el sistema porque parece que nada se modifique desde allí. Pero Itziar Ziga afirma también lo siguiente:

Igualmente, me jode que se insinúe que las mujeres no nos hemos defendido con suficientes agallas del patriarcado porque no hemos decidido estratégicamente cargarnos a unos cuantos machos. Este reproche también nos sobrevuela. Decir que somos mejores por no haber matado y que nos digan que no tenemos agallas por no haber matado es la misma mierda machista de siempre. Las luchas feministas no son políticamente grandiosas por lo que no hemos hecho, sino por lo que hemos hecho²⁹.

Los dos fragmentos anteriores permiten colocarnos bien en este posicionamiento alternativo: hay una serie de características que se nos atribuyen a los sujetos feminizados, como el pacifismo del feminismo o que no nos defendemos lo suficiente, tal y como se nos ha educado desde una femineidad hegemónica y, además, tal y como se nos ha educado a toda una serie de cosas (como el cuidado) a las que se vincula el género femenino relacionadas con dicha idea de pacifismo. Es un prejuicio que cuando tratamos de erradicar, a veces nos hace sentir más culpables aún.

²⁶ Valencia, Sayak, *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*, Barcelona, Paidós, 2022.

²⁷ Ziga, Itziar, *La feliz y violenta vida de Maribel Ziga*, op. cit.

²⁸ *Ibidem*, p. 107.

²⁹ *Ibidem*.

En una página muy sugerente de su poemario *Violencia*, Bibiana Collado se acerca mucho a esta aparente incompatibilidad entre violencia femenina (que es violencia del discurso) y alejamiento del sentimiento de culpa. Se nota, por ejemplo, en el poema «Nota a pié de página»³⁰:

NOTA A PIE DE PÁGINA¹

(leer es un aparte)

¹ ¡Por qué es tan difícil escribir sobre ello?
Porque escribirlo implica ejercer
violencia sobre el lenguaje.
Y el gesto me acerca a él,
a su violentar sobre mí,
como yo violento la palabra.

58

Ya desde el punto de vista formal y gráfico se percibe la dificultad al tomar posesión de un grado de violencia que pueda caracterizar nuestro discurso. Incluso al hablar de episodios de abuso se siente dificultad y culpa porque es como si la violencia nos acercara al agresor. Pero si la violencia ya está caracterizando esta circunstancia, ¿por qué nos sentimos autorizadas a padercerla pero no a ejercerla, aunque sea desde el punto de vista de la palabra?

En la elaboración de nuevos relatos y nuevos discursos, Bibiana Collado elabora su poemario precisamente desde este punto de partida que se acaba de analizar:

[...] y el lenguaje siempre es patrimonio del opresor. [...]
El lenguaje nos niega la rabia del vencido,
condenándonos al llanto blando de la pérdida,
borrando cuidadosamente cada uno
de los trazos infringidos sobre el cuerpo-alfabeto
de mi lengua³¹.

O también, en el poema «Bien decir», la autora escribe:

Nos hacen con cada palabra, /
suedan hierros para que toda intersección /

³⁰ Collado Cabrera, Bibiana, *Violencia*, Barcelona, La Bella Varsovia, 2020, p. 58.

³¹ *Ibidem*, p. 15.

quede fija, /
inmóvil en su saberse recto decir³².

«¿Cómo descubrirse víctima / y seguir siendo dueña del discurso?»³³ son versos que resumen a la perfección el propósito de este trabajo, puesto que, como reconoce Bibiana Collado, «Mi boca, un pequeño dispositivo / interpelado por decenas de discursos // que hacen que mis recuerdos / sean hablados por los otros»³⁴.

Cuando se habla de maltrato, de abusos, de violencia dentro de las parejas, casi nunca se habla de cuando las mujeres consiguen alejarse y rehacerse sus vidas a pesar de los maltratadores, de cuando ponen límites desde la violencia hacia el maltratador. Libros que permiten cambiar ese relato de la víctima sin agencia son el ya mencionado *La feliz y violenta vida de Maribel Ziga*, en el que la protagonista maltratada representa el estado de muchas mujeres en España durante el franquismo, desde 1964 hasta finales de los años 80. Maribel Ziga consiguió separarse pero murió pobre, endeudada y agredida por parte del estado, reflejando por lo tanto una estructura de violencia colectiva mucho más compleja de la que se desarrolla en el ámbito doméstico. Y sin embargo, incluso en los casos de mayor vulnerabilidad y violencia también hay algo de toma de decisión y de acción y en estos textos se ve claramente:

Poco antes de morir, me dijo: “¿Sabes? Ya no necesito pensar que estuve tan enamorada del aita, ya no lo pienso”. Ella completó su proceso de liberación, ella era la dueña de su historia. Sabía que yo escribiría este libro, porque es también mi historia. Y porque me late el deseo revolucionario de aclarar que no solo fuimos mujeres violentadas, y que muy a menudo, fuimos tremendamente felices³⁵.

Maribel Ziga dueña de su historia y esto en el libro se percibe y además de una manera muy emocionante a pesar de la violencia que es mucha y es grave, creando un imaginario muy lejano de la mujer maltratada como absolutamente aislada. En este sentido, este texto tiene un fuerte vínculo con lo que escribe Cristina Rivera Garza en *El invencible verano de Liliana*, obra en que relata cinco años de vida de su hermana Liliana que fueron años de maltrato y de violencia hasta llegar al feminicidio. A pesar de la dureza, nunca le quita la voz a Liliana Rivera Garza porque se trata de un relato testimonial y de las cosas que ella sabía que no estaban bien en su relación. Además, la autora elige no “devolver” la voz a quien ya no puede hablar desde la profunda conciencia de que “darle o devolverle la voz a alguien” consiste en un acto muy patriarcal: todas tenemos o hemos tenido nuestra propia voz y lo que sí es necesario hacer es generar un espacio de escucha para que las voces acalladas puedan oírse:

La tentación de reconstruir la vida de Liliana como una víctima inerme ante el poder avasallador del macho fue grande. Por eso he preferido que hable ella misma: tengo la impresión de que, a cada vuelta del camino, aun en los momentos más oscuros, Liliana no perdió la capacidad de verse a sí misma como autora de su vida³⁶.

³² *Ibidem*, p. 16.

³³ *Ibidem*, p. 23.

³⁴ *Ibidem*, p. 40.

³⁵ Ziga, Itziar, *op. cit.*, p. 19.

³⁶ Rivera Garza, Cristina, *El invencible verano de Liliana*, *op. cit.*, p. 198.

Se trata de textos y de discursos que permiten situarse más allá del arquetipo de mujer maltratada y del relato victimizante con los que, en cambio, se sigue generando un necrovalor y una pedagogía del miedo, no ya representando la realidad, sino produciéndola directamente³⁷. Cristina Rivera Garza, y como ella muchas autoras más, está reconociendo que sí tuvo esa tentación de convertir a su hermana en una víctima inerme, tal y como hace también el discurso público con un impulso de justicia para mover las conciencias cuando en casos de violencia o de feminicidio relata todo lo que se hizo, pero el resultado es que se descuartiza aún más a la mujer y se reproduce la victimización. Y ese impulso Cristina Rivera Garza y Maribel Ziga lo reconocen, pero prefieren que hablen respectivamente la hermana o la madre a través de los cuadernos, de los diarios, de los testimonios. Son historias que sí permiten desarticular ese relato inicial sin dejarnos en ese *krínein* constante entre la vida y la muerte, colocándonos finalmente del lado de la muerte en que nada más es posible sino la victimización constante:

Ninguna mujer elige ser maltratada, pero todo está montado para que nos cueste horrores, incluso la vida, dejar de serlo. ¿Por qué iba una chica como mi madre, tan lista, tan chispeante, tan cautivadora, tan bien rodeada, tan querida, tan amorosa, tan gamberra, tan fantástica, tan luminosa, a aguantar todo esto?³⁸.

En su escritura, las dos autoras nos ponen todos esos condicionantes de orden sistémico y familiar también relacionados con los recursos que ofrece el estado y que permiten entender que no es tan sencillo cuestionar la violencia, pero no por eso hay que entender a las mujeres únicamente como seres pasivos, recordando además que en el caso de violencia doméstica ha habido un amor y un pasado que lo hace todo sumamente complejo. Cristina Rivera Garza lo aclara en otro punto de su libro: «Lo que distingue un acto de violencia doméstica, especialmente al homicidio de pareja, de cualquier otro tipo es el amor. Ningún acto de violencia extrema se alimenta de una ideología tan diseminada como compartida»³⁹. Itziar Ziga, por su parte, escribe:

Mi madre le dijo el se acabó definitivo cuando pudo, tras casi tres décadas de relación. Me hiere y me sulfura que se cuestione a las mujeres por seguir al lado de los hombres que las maltratan: no hay nada más difícil en este mundo que ser mujer y dejar a un maltratador. Así funciona el patriarcado, y no lo

³⁷ «A través del bombardeo masivo de imágenes ultraviolentas se anestesia la sensibilidad del espectador y se crea una especie de «capa» protectora contra esa realidad ominosa, desmovilizando la empatía en lugar de activar la denuncia. [...] Por tal motivo, propongo que la recepción anestesiada de las imágenes de violencia contra las mujeres y las personas minoritarias, especialmente el desplegado en el trans/feminicidio y en los crímenes de odio, no es casual sino una consecuencia de la producción de ciertos modos de percepción hegemónicos de las imágenes que distribuyen un pacto escópico necropatriarcal a través de los medios de información, entretenimiento masivo, la publicidad y el consumo. [...] La necroscopia, desde mi perspectiva, es el fundido encadenado de ciertas imágenes, producciones culturales y modos de representar la realidad y la subjetividad a través de las tecnologías y las industrias culturales, en las cuales se enarbolan regímenes de violencia y muerte distribuidos a través de la audiovisualidad: [un] ejemplo persistente de esta glorificación de la violencia en el imaginario del hiperconsumo son las pedagogías de la crueldad», Valencia, Sayak y Pérez Flores, Ana Laura, «Sobre los cuerpos y la imagen. Entrevista a Sayak Valencia», *Contraficciones*, 11 (2019), <<http://correspondenciascine.com/2020/01/sobre-los-cuerpos-y-la-imagen-entrevista-a-sayak-valencia/>> (fecha de consulta: 18/12/2023).

³⁸ Ziga, Itziar, *op. cit.*, p. 32.

³⁹ Rivera Garza, Cristina, *op. cit.*, p. 51.

hemos inventado precisamente nosotras. [...] Al final, [concluye Ziga] era el patriarcado el opio del pueblo⁴⁰.

Hay otro fragmento del texto de Cristina Rivera Garza que se puede poner en relación a una idea que nos acerca al ámbito teórico del “cuidado negativo”, elaborado por Elsa Dorlin. Pero primero leamos lo que escribe Cristina Rivera Garza:

Ni Liliana, ni los que la quisimos, tuvimos a nuestra disposición un lenguaje que nos permitiera identificar las señales de peligro. Esa ceguera, que nunca fue voluntaria sino social, ha contribuido al asesinato de cientos de miles de mujeres en México y en el mundo. [...] Lo que no sabíamos sobre violencia doméstica, sobre terrorismo íntimo o de pareja, al inicio de la última década del siglo XX, en un país en que la violencia contra las mujeres iba alarmantemente en aumento, invadió una noche la vivienda de mi hermana en Azcapotzalco, le colocó una almohada sobre la cara, y le quitó la vida. Muerte por sofocación. Pero su trabajo, el trabajo soterrado y constante de la violencia, había iniciado muchos años atrás, cuando mi hermana era apenas una adolescente. Y Liliana, valiente y amorosa, intentó por todos los medios lo que tantas mujeres en su lugar han hecho: se le opuso, trató de escaparse, la negó, se acopló a ella, se le resistió, la desactivó, negoció con ella, hizo todo lo posible y lo imaginable hasta que, apenas un poco tiempo antes del feminicidio que le quitó la vida, se fue de él. Se fue de Ángel. Emocionalmente. Físicamente⁴¹.

Es un fragmento extremadamente duro, pero hay que fijarse en el poco espacio que se concede al feminicidio («le colocó una almohada sobre la cara, y le quitó la vida») y al mismo tiempo hay que poner el foco en otro lugar del discurso, en el momento en que «Liliana, valiente y amorosa, intentó por todos los medios lo que tantas mujeres en su lugar han hecho: se le opuso, trató de escaparse, la negó, se acopló a ella, se le resistió, la desactivó, negoció con ella, hizo todo lo posible y lo imaginable». Esta elaboración discursiva es muy poco frecuente en los casos de violencia de género y de feminicidios, cuando hay una constante negociación y una constante resistencia en una relación de violencia.

El referente teórico y conceptual de esta práctica discursiva y de lo que las dos autoras muy generosamente describen corresponde a lo que Elsa Dorlin teoriza y desarrolla en su ensayo *Defenderse*⁴² a propósito de la novela *Dirty Weekend* (1991) de Helen Zahavi, la historia de una mujer acosada constantemente por un vecino que vive en su mismo edificio. El análisis de Elsa Dorlin se centra en la primera parte de la novela, en el momento en que la protagonista se ve a sí misma como una presa: la mujer incorpora toda la violencia que está recibiendo en forma de acoso hasta el punto que su cuerpo y su manera de moverse cambian. Acaba adoptando el punto de vista de su agresor y todos sus movimientos acaban respondiendo a los deseos del hombre, que ella ha estudiado y acabado interiorizando. Nada de lo que él hace la sorprende, es como si viese el mundo a través de los ojos del agresor, con quien acaba identificándose. A todo esto, Elsa Dorlin lo define como «cuidado negativo»:

⁴⁰ Ziga, Itziar, *op. cit.*, p. 30; p.83.

⁴¹ Rivera Garza, Cristina, *op. cit.*, p. 169.

⁴² Dorlin, Elsa, *Defenderse. Una filosofía de la violencia*, Buenos Aires, Heckt Libros, 2018.

La preocupación por lxs otrxs se produce a través y dentro de la violencia, y genera un posicionamiento ético bastante diferente de la mera proximidad afectiva, del amor, de la atención empática, de la solicitud afectuosa o de la abnegación en los cuidados más extenuantes. [...] La violencia soportada genera una posición cognitiva y emocional negativa que determina lxs individu@s que la padecen a estar constantemente al acecho, a la escucha del mundo y de lxs otrxs; a vivir en una inquietud radical y agotadora, para negar, minimizar, desactivar, encajar, hacer menor o evitar la violencia, para colocarse al abrigo de ella, para protegerse, para defenderse. [...] Ya no se trata de preocuparse por lxs otrxs [cuidado], sino que se trata más bien de preocuparse por lxs demás para anticipar aquello que quieren, van o *pueden hacer de nosotr@s* [cuidado negativo]⁴³.

El feminismo de los ochenta es el que empieza a pensar en los cuidados como algo históricamente vinculado a los sujetos feminizados. Los cuidados son la exposición a preocuparse sumamente por el otro, a asociarse a las necesidades del otro anticipándola. Dorlin nombra cómo activamos una disposición hacia el cuidado casi culturalmente heredada para colocarnos en esa misma disposición cuando recibimos violencia, cuando estamos en una condición de absoluta anticipación hacia el agresor. El carácter negativo deriva del hecho de que nace de una violencia pero hasta que aparece la acción: es a través de esa violencia como el cuidado puede restaurar la visión y el mundo de los sujetos maltratados y acosados.

Se trata de un cuidado “negativo” porque se alimenta de la violencia que recibe (que conoce y que intenta dominar) y corresponde a la sensación de estar constantemente al acecho, con estrategias que se toman de forma agotadora por un cuidado de lo que la otra persona puede hacer. No es una estrategia consciente, sino que acaba naturalizándose con un vivir “a través de” y no por nosotras. Es una estrategia que pasa a través de nuestros cuerpos y que muy pocas veces se registra como instrumento de resistencia en casos de violencia de género; sin embargo, tal y como aclara Elsa Dorlin, «la atención que se requiere de parte de lxs dominadxs [...] consiste en proyectarse permanentemente sobre las intenciones del otro, [...] a fundirse en las representaciones con fines de autodefensa»⁴⁴. Las alternativas discursivas que se han mencionado en este trabajo, en cambio, adoptan el cuidado negativo como evidencia del alcance de acción incluso cuando las personas acosadas, maltratadas o violadas parecen no haber actuado nunca.

4. CONSIDERACIONES CONCLUSIVAS

La cuarta ola feminista ha propiciado un gran paso en la lucha de las violencias machistas en general, y de violencias sexuales en particular, para romper el silencio, salir del ocultamiento para mostrar no solo los datos, sino especialmente los relatos de quienes habían sido víctimas. Un hecho que Cristina Fallarás (2019) recoge con el término «mecanismos de identificación»⁴⁵ para referirse a cómo el relato de algunas mujeres sobre la violencia sexual que han sufrido ha servido para que otras se identifiquen con el relato

⁴³ *Ibidem*, pp. 227-228.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 228.

⁴⁵ Fallarás, Cristina, *Ahora contamos nosotras. #Cuéntalo: una memoria colectiva de la violencia*, Barcelona, Anagrama, 2019, p. 21.

y rompan su silencio. Desde la etimología de “crisis” que remite directamente al punto de separación entre la vida y la muerte, la difusión y el análisis de obras literarias que exploran la violencia machista proporcionan por lo menos dos grandes posibilidades: en primer lugar permiten alejarse de la dimensión del sujeto contemporáneo acorralado y solitario en su dimensión de individualidad en crisis para que, en cambio, sea posible reconocerse y encontrar respaldo en un colectivo; en segundo lugar, la literatura que se acerca a ese daño problematiza el arquetipo de mujer o cuerpo feminizado maltratado como víctima pasiva, sin voz ni agencia para pensar y debatir acerca de la defensa de unx mismx incluso a través de una «autodefensa o filosofía de la violencia»⁴⁶.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberdi, Inés y Matas, Natalia, *Violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*, Madrid, Fundación La Caixa, 2002.
- Barjola, Nerea, *Microfísica sexista del poder. El caso Alcàsser y la construcción del terror sexual*, Barcelona, Editorial Virus.
- Barry, Katherine, *Esclavitud sexual de la Mujer*, Barcelona, La Sal, 1987.
- Böhmer, Daniel-Dylan, «Frauen der Welt, rettet uns vor diesen Männern!», *Die Welt*, 07/01/2017, <<https://www.welt.de/debatte/kommentare/article160952911/Frauen-der-Welt-rettet-uns-vor-diesen-Maennern.html>> (fecha de consulta: 18/12/2023).
- Collado Cabrera, Bibiana, *Violencia*, Barcelona, La Bella Varsovia, 2020.
- Connell, Raewyn, *Masculinities*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- Corominas, Joan y Pascual, José A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1984, vol. 2 (Ce-F).
- Dorlin, Elsa, *Defenderse. Una filosofía de la violencia*, Buenos Aires, Heckt Libros, 2018.
- Fallarás, Cristina, *Ahora contamos nosotras. #Cuéntalo: una memoria colectiva de la violencia*, Barcelona, Anagrama, 2019.
- Gay, Roxane (ed.), *No es para tanto. Notas sobre la cultura de la violación*, Madrid, Capitán Swing, 2018.
- Griffin, Susan, «Rape: The All-American Crime», *Ramparts*, 10 (1971), pp. 26-35.
- Hercovich, Inés, «De la opción “sexo o muerte” a la transacción “sexo x vida”», en Fernández, Ana María y Bellucci, Mabel (eds.), *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*, Buenos Aires, Paidós, 1992, pp. 63-83.
- Irene, *El terror feminista. Breve elogio al feminismo extremista*, Donostia, Kaxilda, 2022.
- Miralles, Raquel, «Cultura de la violación. Una cuestión política», *Libre Pensamiento*, 102 (2020), pp. 82-87.
- Parenti, Michael, *The Cultural Struggle*, Nueva York, Seven Stories Press, 2005.
- Rivera Garza, Cristina, *El invencible verano de Liliana*, Nueva York, Literatura Random House, 2021.
- Ruiz-Repullo, Carmen, *Nuestros cuerpos, nuestras vidas. Un acercamiento a la violencia sexual en la juventud*, Palma de Mallorca, Universidad de las Islas Baleares-Colección Estudios de Violencia de Género, 2021.
- SEXVIOL, *Desmontando mitos acerca de la Agresión Sexual. Un estudio de caso sobre la Audiencia Provincial de Madrid*, 2022, <<https://www.ucm.es/sexviol/file/informe-final-sexviol>> (fecha de consulta: 18/12/2023).

⁴⁶ Cf. Dorlin, Elsa, *op. cit.*

- Valencia, Sayak, *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*, Barcelona, Paidós, 2022.
- Valencia, Sayak y Pérez Flores, Ana Laura, «Sobre los cuerpos y la imagen. Entrevista a Sayak Valencia», *Contraficciones*, 11 (2019), <<http://correspondencias.cine.com/2020/01/sobre-los-cuerpos-y-la-imagen-entrevista-a-sayak-valencia/>> (fecha de consulta: 18/12/2023).
- Vigarello, Georges, *Historia de la violación. Siglos XVI-XX*, Madrid, Cátedra-Feminismos, 1998.
- Ziga, Itziar, *La feliz y violenta vida de Maribel Ziga*, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Melusina, 2020.